

Partículas Ectoplasmáticas

Aquello. No eso. Ni -mucho menos- esto. Aquello. Lo que está en el umbral de mi fortuna. Nunca llamado, nunca esperado siquiera; sólo presencia que no ocupa espacio, sombra o luz fiel al borde de mí mismo que ni el viento arrebató, ni la lluvia disuelve, ni el sol marchita, ni la noche apaga. Tenue cabo de brisa que me ataba a la vida dulcemente.

Ángel González

El tedio que crece en el taller de artesanías aumenta. Así como aumenta la cantidad de fotocopias que lee y nublan su vista con ennegecedora luz. Estelas de esa misma luz se filtran por la ventana del sótano y dejan ver lentas y brillantes partículas de polvo que ascienden. Son esas mismas estelas es esa misma luz la que ve a través de la ventana mientras el bus voltea por la glorieta de la Calle 6ta para tomar La Autopista Sur. Son luminiscencias que se filtran entre las nubes y anuncian sobre la ciudad la ascensión hacia el vacío de una gran cantidad de fantasmas animales y humanos.

De esa misma luz está hecha la tarde en la que su abuela desde la cocina le cuenta historias de espantos. Gonzalo camina por el gran patio de la casa y ve llegar desde lo alto la oscuridad. Una ancha franja de luz abraza las montañas a lo lejos y hace reverdecer las plantas. Tenuemente la amplia cocina se oscurece.

El firmamento se oscurece cuando su abuela hace una mueca y un gesto con los labios para indicarle allá lejos:

—*la última luz del día; es el sol de los venados*—. Entonces Gonzalo se imagina animales que saltan asustados en el monte para esconderse más allá de la noche. Es la última luz del día la que ve a lo lejos caer sobre las casitas de ladrillo a través de la ventana en el cuarto de su abuela. Cuando pone la mano sobre su frente la vida se apaga opacando la vitrescencia de sus ojos. Al verla, Gonzalo escribe sobre un papel sin haberlo pronunciado hasta ahora: —Es el sol de los muertos.

Su abuela viaja desde el cementerio hacia las galaxias. Los músculos tumefactos y los huesos se convierten pronto en templo para los gusanos de luz. La Memoria se aglutina en recuerdos que luego se disuelven en una proliferación de imágenes que huyen y se desconectan. Entonces Gonzalo se da cuenta que el descenso comienza.

El sol que sube y desciende embalsama los días con una luz estéril. Las horas descompuestas transcurren hacia la continuidad. Incapaz de ver la luminosidad del exterior se alimenta con sus propios restos inconscientes. Sabe que cuando Saturno está aburrido le gusta demostrar como devora a sus hijos. El insomnio destiñe los días los vacía de significado. La gran noche del alma llega y cubre con su manto de alquitrán cada objeto, cada rinconcito y cada intento de contacto humano. Y nace entonces una estéril variante de silencio; el silencio que es una tumba de donde las palabras se niegan a salir. Poco a poco se pudren y con sus emanaciones cadaverinas la continuidad de la vida se maldice. Herido por El Tiempo Gonzalo desarrolla una melancolía miope que le hace alucinar. Se convierte en un astígmata de la vida que ve en la gente, ancladas y extrañas siluetas de colores que se mueven ondulantes. Su estrabismo aumenta en los días soleados, sombras hechas de una carne irreconocible se proyectan sobre el pavimento.

Devorados los hijos de Saturno en este y otros mundos visibles e invisibles presienten, igual que Gonzalo, que empiezan a morir. Una fauna extraterrena se anuncia en forma de un enorme insecto gris que se posa sobre los hombros y succiona los líquidos de su cerebro para alimentarse de luz. El Tiempo se convierte en una variedad de infierno donde un presente que nunca acaba de deteriorarse en la memoria, le hiere. Devora los sueños, consume el fuego, blanquea las noches y, a los ojos, los cubre de opacidad.

Opacidad que se disipa cuando ve pasar a Diana, es una niña a la que supera por mucho en edad. Es una flor hecha de luz que revela en todo su esplendor los cuidados y la

dedicación de aquellos que la aman. Una niña *de casa* con una sensualidad contenida, evidente cuando sus dedos largos y delgados juegan entre sus largos cabellos negros y abundantes. Toda hecha de luz; capaz de hacer sonreír a las flores cuando la ven aparecer.

Se encuentra con ella en las escaleras de la universidad. La ve descender como lengua de fuego y desde extramuros la luz atraviesa las paredes envolviéndola en resplandor. Anhela que su vida sea bendecida por esa lengua de fuego que arde. Sus manos largas irradian halos de luminiscencia. Jamás intenta establecer contacto con ella. Incapaz de verla a los ojos, una y otra vez pretende captar su luz dibujándola. Una y otra vez busca representar las finas líneas que componen su silueta. Es toda una flor luminiscente de la que ascienden partículas brillantes. Esporas benignas que pertenecen a otro lugar la circundan. Aplica capa tras capa de pintura sobre la tela para intentar retratar los nodos que estáticos sostienen la arquitectura vibrante de su claridad. Cuando puede la observa sin que se de cuenta para tratar de fijar en su memoria los instantes exactos en los que es besada, por la luz. Una ilusión espectrográfica que a traviesa los vibrátiles entretejidos del Tiempo. Tejida por hilos de luminosidad. Niña embellecida por un sol bucólico cuando en Bogotá la tarde comienza a morir.

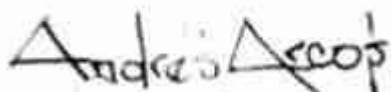
Cuando la tarde comienza a morir la amplia cocina se oscurece y la abuela cuenta historias de espantos. Historias de ese ángel escondido que al morir la tarde baja desde la negrura del monte hasta el huerto de la casa. Es una enorme hoguera que surge crepitando sobre el cultivo. A su paso flores anaranjadas se abren lujuriosas y la hierba crece desmesuradamente. Botando chispas de fuego preña la tierra al atardecer. Los perros presintiendo su llegada aúllan; y deslumbrados por la luz corren enfurecidos a su encuentro mientras le ladran. Uno de los perros que no ha dejado de ladrar se acerca demasiado para tratar de morderle y una tiránica lengua de fuego se levanta para luego caer y estallar sobre su hocico. Después de bendecir la tierra la hoguera desaparece en la oscuridad del monte. Herido por la luz el perro chilla y sale a correr.

Desde la glorieta de La Autopista sur el bus toma La Calle 6ta. A través de la ventana abierta Gonzalo ve sobre la ciudad estelas de luz que caen desde las nubes. Fantasmas animales y humanos hechos de ceniza, descienden hacia el caño para succionar humo de bazuco atados aun al rigor dulce de la vida. Gonzalo escucha como cantan, ríen y lloran desde las gruesas negruras formadas en los muros por la suciedad. Entre los trabajos y los días; hora tras hora comen del hidrocarburo que avientan los motores hasta que llegue ese día en que el combustible se agote y tengan que buscar otros lugares donde poder irse a dormir junto a flores multicolores que alegren la vista.

Flores multicolores de madera son las que pinta Gonzalo para vender en el pequeño taller de artesanías. Las partículas de polvo ascienden brillantes dentro de estelas de luz que se filtran por las ventanas del sótano. Los espacios en blanco entre las letras de las fotocopias resplandecen. Nublan su vista. Y en algún lugar de la noche la lumbre que se desprende de los fósforos que se encienden para fumar en la estación de policía; iluminan las caras grotescas de los miserables que esperan salir.

Título: Partículas Ectoplasmáticas

Autor: Mario Andrés Arcos Guerrero



Técnica: flashback

Fecha de elaboración: 2022

Descripción: *Partículas Ectoplasmáticas* inicia con un epígrafe extraído del poema de Ángel Gonzales, *Deixis en Fantasma* en el que contrastan la consciencia de fragilidad, temporalidad y finitud con la consciencia de fortaleza, belleza, dulzura y otras razones para seguir con vida. Es una narración que muestra la relación entre tiempo, imaginación, deseo y memoria. Para ello se vale de la figura de un narrador que da cuenta del tránsito de Gonzalo por espacios rurales y urbanos desde los que la pérdida, el extrañamiento, la añoranza y el deseo se combinan con creatividad para presentar pequeñas epifanías que colman de luz la existencia.